

Naturaleza, cultura y población

Desafíos históricos en los albores del Siglo XXI

Hugo Oddone

Oficial de Programa del FNUAP

La crisis de los modelos de desarrollo pre-
valecientes en los últimos 50 años, obliga a
un replanteamiento profundo de enfoques que
debe provenir, más que del seno de la ciencia
económica o de la filosofía política, de la ciencia
y de la filosofía misma. Los problemas que
enfrentamos en este tramo final del siglo XX,
exigen una nueva perspectiva antropológica
que englobe economía y política, ciencia y
filosofía.

El derrumbe del sistema soviético, como
ensayo frustrado de un tipo de socialismo, y
la incapacidad que demuestran los estilos de
desarrollo que se amparan en la economía de
mercado para imprimir un ritmo razonable al
crecimiento de la economía y desterrar la po-
breza de las grandes masas de población, no
nos han llevado al "fin de la historia ni al últi-
mo hombre" todavía. Pero nada indica que
debamos ser optimistas.

Más que al fin de la historia, asistimos al
fin de una forma de la cultura. El desafío del
presente es, no ya la búsqueda de un nuevo
modelo de desarrollo económico y social, sino
la necesidad imperativa de una nueva cultura.

Dicotomía naturaleza/cultura

La crisis de nuestro tiempo no es una cri-
sis de modelos de desarrollo, es una crisis de
maneras de vidas. Una nueva forma de vincu-
larse el hombre con la naturaleza, con los de-
más seres vivos y con sus semejantes, ese pa-

rece ser el imperativo de nuestro tiempo en
estas vísperas del próximo milenio.

Luego de transcurrir 4.000 años de la civi-
lización occidental originada en el mundo
helénico, con todas sus variantes y diversida-
des, y muchísimos años más desde que el pri-
mate se hominizó, el hombre se enfrenta hoy
con una realidad totalmente subvertida.

En sus orígenes, la humanidad, constituída
por hordas poco aptas, se enfrentaba a una
naturaleza omnipotente cuyo poder (basada en
leyes desconocidas para el hombre) debía ser
controlado solamente mediante el predominio
de la inteligencia. El ser humano tuvo que
aprender todo, crear el conocimiento, la tec-
nología, el instrumental para enfrentar y do-
minar a los elementos naturales.

Así surgió la cultura, como configuración
a través de la cual una especie zoológica de la
propia naturaleza, aprendió a separarse de ella
y a iniciar un recorrido que le llevó a compren-
der a lo que antes eran leyes ciegas del com-
portamiento de los elementos naturales, a do-
minarlas y usarlas en beneficio propio. Ese
camino recorrido es lo que llamamos histo-
rias.

De la dicotomía a la armonía

Lo que el hombre perdió en el camino de
la historia, sin embargo, fue el concepto de
que su vida en la naturaleza, bajo el dominio

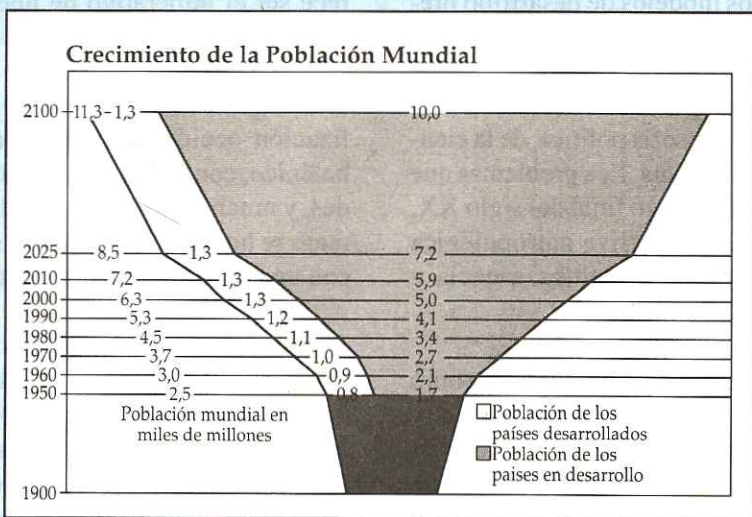
de sus leyes, mientras ellas estuvieron vigentes, no corría peligro de extinción en tanto la especie fuera capaz de adecuarse a esas leyes por medio de una relación armónica.

Esa concordia de la relación, se ha roto. Ese carácter de enlace y estrechamiento entre humanidad y naturaleza, que debe caracterizar a toda cultura para que ella sea funcional y no exterminadora, se ha perdido.

Hoy, la naturaleza se encuentra indemne ante el poder del hombre y retrocede a niveles de extremo peligro para la sobrevivencia. Y es que la humanidad da señales de haber olvidado que es parte consustancial de la naturaleza y en su actitud de poderío ha liquidado —¿definitivamente?— el equilibrio entre esta y la cultura.

Cualquiera sea el modelo de desarrollo

CRECIMIENTO DE LA POBLACION POR REGIONES

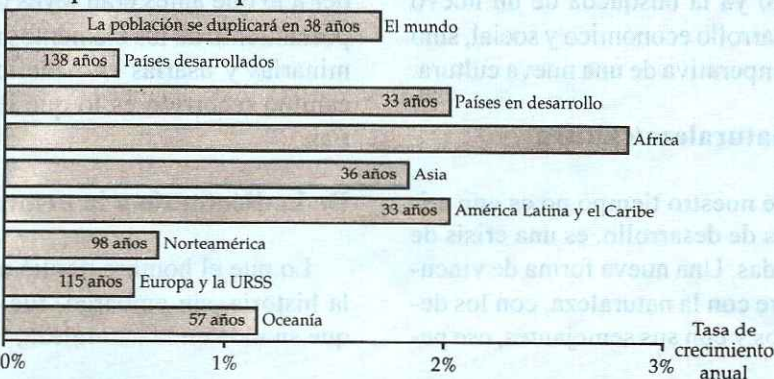


Estas cifras están basadas en proyecciones recientes. Son un poco más altas que las proyecciones previas porque las tasas de fecundidad ya se disminuyen más lentamente.

Población mundial por regiones, 1990-2100 (en miles de millones)

Región	1990	2025	2100	Región	1990	2025	2100
Africa	0,6	1,6	3,0	Norteamérica	0,3	0,3	0,3
Asia	3,1	4,9	6,3	Europa y la URSS	0,8	0,9	0,8
América Latina y el Caribe	0,5	0,8	0,9	Oceanía	0,03	0,04	0,04

Crecimiento anual según las cifras de 1990 y tasa de duplicación de la población



económico que se proponga en la actualidad, como ensayo heroico para mantener viva a la especie humana, creando bienes y servicios que satisfagan sus múltiples y diversas necesidades, superando las crisis cíclica y las tremendas disparidades sociales que se han producido a lo largo de la historia, resulta imposible ya restablecer ese equilibrio sino se arranca desde la profunda reformulación de los propios tipos de vínculos que los hombres han establecido entre sí, con la naturaleza y con los demás seres vivos.

La dicotomía (del griego: dikhotomos, que se divide o se bifurca en dos) cultura-naturaleza, deberá ser reemplazada por una relación (reestablecimiento de los lazos) vinculante y armónica entre ambas, para la cual no la naturaleza sino la cultura deberá ser radicalmente recreada.

La prolongada agonía de la naturaleza

Industrializar, generar empleos, acrecentar la infraestructura (física, económica y social) ensanchar los mercados, potencializar la producción de bienes y servicios, significa hoy antes que una posible respuesta positiva a los problemas del hambre, el desempleo, el progreso, la enfermedad y la ignorancia de millones de seres humanos, una nueva potencial amenaza el equilibrio ecológico y un paso más en la marcha hacia la destrucción final de las condiciones naturales de vida en el planeta.

Cada ensayo de estilo de desarrollo económico, hasta hoy, ha significado violentar la naturaleza, deteriorarla, destruir la diversidad biológica, y, además, profundizar diferencias y disparidades entre los seres humanos.

En resumen, el éxito que pudieron tener ha sido efímero, históricamente transitorio y basado en progreso de unos pocos países y sectores sociales, en desmedro de grandes masas y naciones que no han visto más que agudizarse su pobreza y atraso.

Cada modelo y cada experimento de desarrollo económico y social en los últimos 50

años, no ha hecho otra cosa que aportar mayores desigualdades sociales, expansión de la pobreza, creciente diferenciación entre naciones pobres y ricas, clases sociales con ilimitado poder económico y político y masas multitudinarias de indigentes, además contaminación de la atmósfera y del agua, erosión del suelo y desertificación, aniquilación de bosques y especies vivas.

Si bien se estima en varios millones el número de especies vivas en el planeta solamente se ha confirmado la existencia de 1 millón 700 mil de ellas.

Cuando menos el 75% de estas especies habitan en los bosques tropicales. El ritmo de desaparición de especies es de 50 a 100 por día, lo que significa que, desde 1995 hasta el último año del milenio, habrán desaparecido entre 100 a 220 mil especies. Por su parte, los bosques tropicales que constituye su hábitat, desaparecen a una tasa de 0,6% al año (estimada en 1979). Es muy probable que esta tasa haya aumentado en el presente, pues solamente en 1989 desaparecieron 142 mil kms² de bosques tropicales, casi el 2% de lo que existen actualmente.

Como la humanidad no podrá "crear" una nueva naturaleza y ya que la única que tenemos se agota, su alternativa es crear una nueva cultura. Este es el desafío fundamental al que nos enfrentamos hoy día.

Esa cultura nueva deberá ser, fundamentalmente, una configuración de relaciones con la naturaleza de carácter más vinculante y asociativa, menos destructiva y más creadora y potenciadoras de los recursos naturales y de la calidad humana.

Crecimiento poblacional y subyugación de la mujer

En el largo proceso que la humanidad lleva de vida, a lo largo de la historia desde su nacimiento hasta estos años finales del siglo XX, dos aspectos fundamentales resaltan como factores que podrán ser decisivos en la

dirección que tomará el proceso futuro y en la posibilidad de generar soluciones radicales a la crisis de nuestro tiempo: el crecimiento numérico de la especie y el papel de la mujer en el desarrollo histórico de la cultura.

En los primeros siglos de la historia de la humanidad, la población creció a ritmo lento y la cantidad de habitantes humanos se mantuvo a niveles tolerables en términos de presión sobre los recursos naturales. Se estima que desde los inicios de la humanidad hasta la primera mitad del siglo XIX, la población había crecido hasta llegar apenas a 1000 millones de personas. Sin embargo, a partir de ese momento, el ritmo de multiplicación poblacional se acelera notablemente.

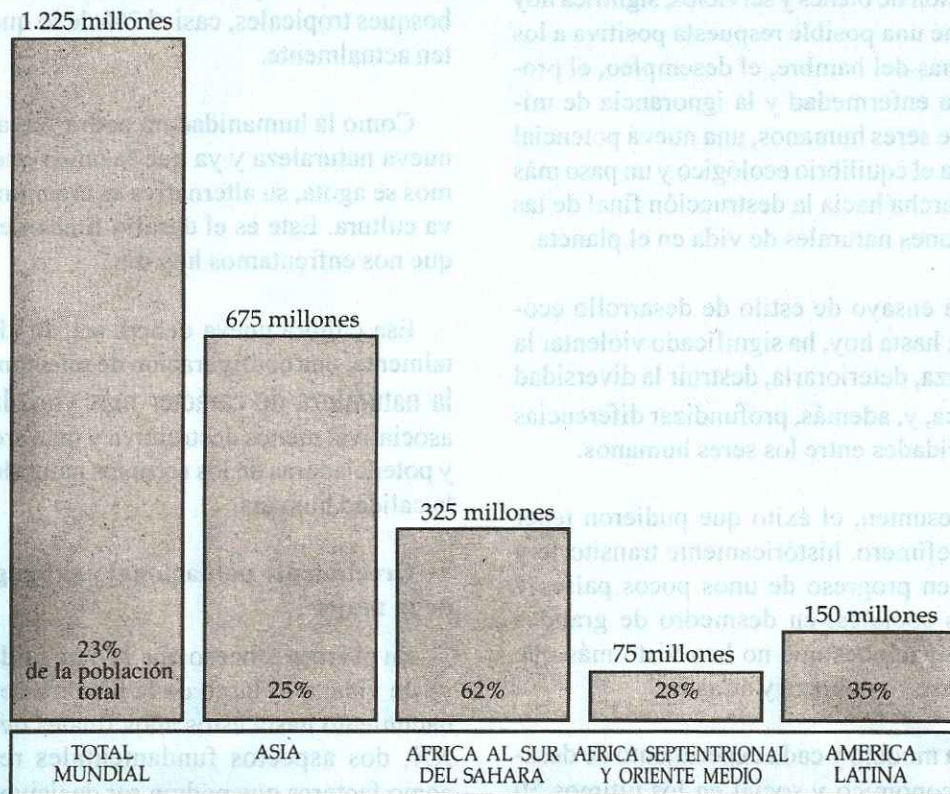
En un lapso de 100 años (entre 1850 a 1950) se incrementa en 1.500 millones (llegando a 2.516 millones). Durante las siguientes 4 décadas, entre 1960, 1980 y 1990, los seres humanos han crecido en promedios de

524, 658, 750 y 844 millones de habitantes cada diez años. Para el año 2000, seremos 968 millones más, es decir, en 50 años la población habrá aumentado en 3,750 millones más.

El aumento cuantitativo de la especie, lejos de significar su perfeccionamiento cualitativo, su afianzamiento como especie viva, ha derivado en profundos desniveles cualitativos. Miles de millones de personas sub-alimentadas, enfermas, ignorantes, conviven en una minoría de individuos que han alcanzado formas de consumo dispendioso, llegando al nivel del despilfarro.

Por otra parte, el ritmo de crecimiento poblacional, lento en la primera parte de la historia pero vertiginoso en los últimos años, estuvo asociado desde siempre, tanto en las culturas de oriente como de occidente, con una situación de predominio masculino y de sometimiento de la mujer.

Población estimada que vive en situación de pobreza absoluta, 1989

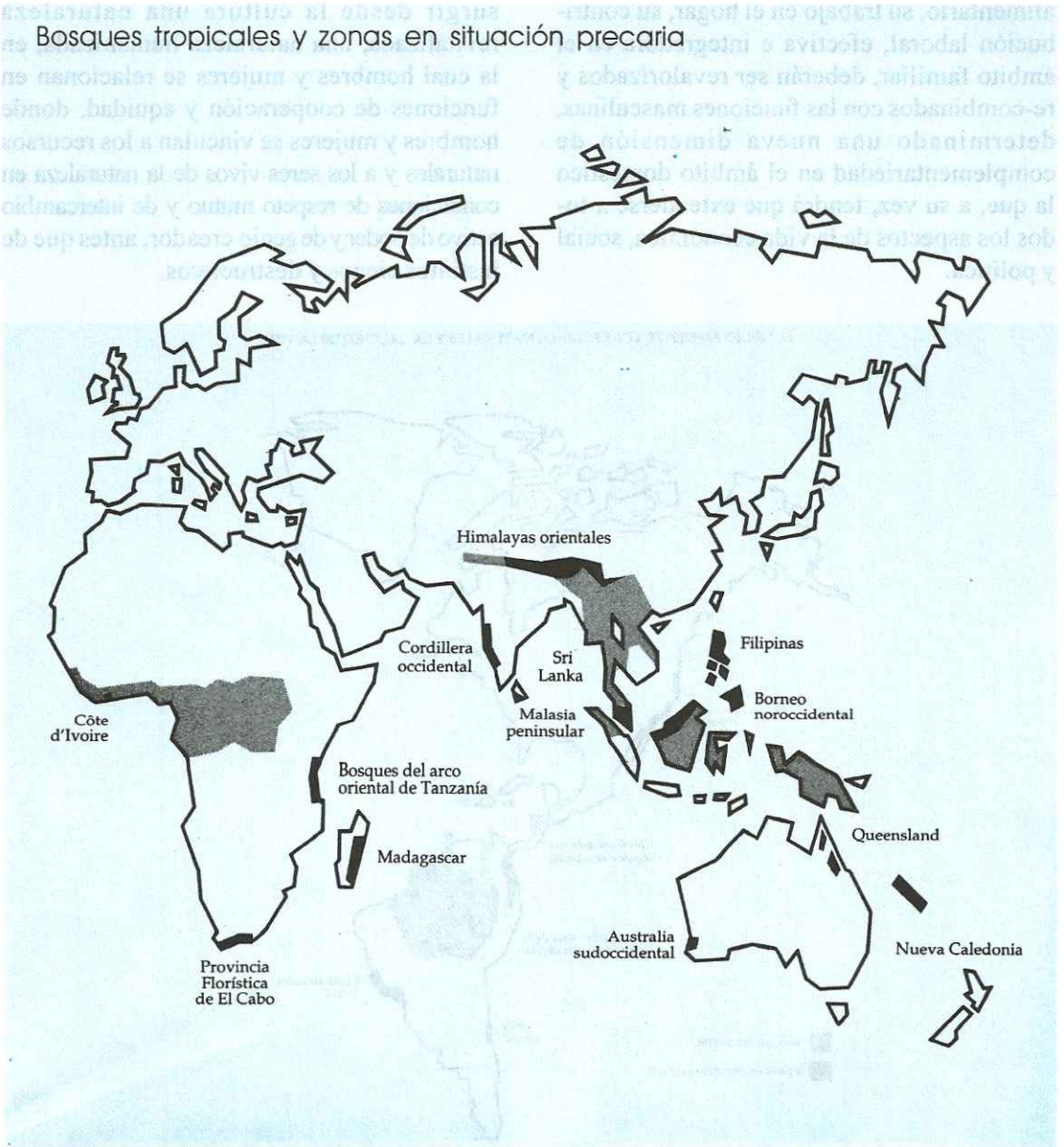


Al género responsable del proceso reproductivo (concepción, gestación, alumbramiento y preservación de la vida humana en sus etapas más frágiles: los 9 meses de desarrollo uterino y los primeros meses de la vida extra-uterina), se le condenó a esa función social progeneradora y, pese a su evidente contribución con importantes aspectos de la vida económica y de la organización familiar, se le negó participación activa en la conducción de los procesos productivos y acceso a los liderazgos claves de la historia de la humanidad.

Hacia formas superiores de vida

Con la crisis de nuestra cultura, entran en retroceso definitivo estos dos modos de organización de las formas de vida de la humanidad. Por un lado, el crecimiento cuantitativo de la población deberá ser sustituido por un desarrollo cualitativo, de mejoramiento biológico, intelectual, ético y social de la población. Lo cual significa elevados niveles de alimentación, nutrición, salud, educación, ciencia y tecnología, libertad y derechos humanos, justicia, equidad e igualdad.

Bosques tropicales y zonas en situación precaria



Por otro lado, los géneros que integran la especie humana, femenino y masculino, deberán asumir una condición de igualdad y de equilibrio, de integración y complementación, de crecimiento e interrelación recíproca. La mujer deberá ser potenciada como recurso de la especie y como contribuyente clave de la perpetuación de la especie, pero no de una continuidad fundada en el alto número de individuos, sino en la elevada calidad de sus miembros.

El papel procreador de la mujer, su función socializadora y educadora, su aporte alimentario, su trabajo en el hogar, su contribución laboral, efectiva e integradora en el ámbito familiar, deberán ser revalorizados y re-combinados con las funciones masculinas, determinado una nueva dimensión de complementariedad en el ámbito doméstico. La que, a su vez, tendrá que extenderse a todos los aspectos de la vida económica, social y política.

Estas serán las tendencias que darán sustento a las formas de vida de la especie humana del futuro, al nuevo orden cultural que habrá de imponerse a partir del próximo milenio, si es que la especie humana aspira a un destino de sobrevivencia y desarrollo integral.

Esta nueva perspectiva de desarrollo, no de la economía, sino de la cultura, tendrá también su correlato en modos innovadores de vinculación con «lo natural». Si en los orígenes de la historia humana la cultura surgió desde la naturaleza, como una creación del hombre, es muy posible que ahora habrá de surgir desde la cultura una naturaleza revitalizada, una naturaleza humanizada, en la cual hombres y mujeres se relacionan en funciones de cooperación y equidad, donde hombres y mujeres se vinculan a los recursos naturales y a los seres vivos de la naturaleza en condiciones de respeto mutuo y de intercambio activo de poder y de genio creador, antes que de instintos ciegos y destructivos.

EL MEDIO AMBIENTE, LOS RECURSOS NATURALES Y LA CALIDAD DE LA VIDA

